CHALLAY

Joaquín Jiménez

A mi hermana.

Es inagotable la pena que un cuerpo es capaz de sostener.

Mónica Ojeda

What would you do if everywhere you go
soon as you walk in the only thing you really
know, the only thing you really know is God
is not there to be found?

Ohtis

Nos hincamos a los pies del Cristo, inventando plegarias. El calor agota nuestros cuerpos mientras los queltehues graznan. *Padrecito*, dice Octavio*, ayúdanos, ayúdanos padrecito si tanto nos quieres. Ayúdanos porque nadie lo hace, todos dicen querernos pero nadie lo hace*. Su mano derecha, la única que tiene, se aferra con fuerza a la mía. Ambas forman el gesto de una plegaria. Todas nuestras fuerzas se acumulan en ese gesto y el Cristo es testigo. Nos mira con desdén. Con lástima, quizás. Nos mira con su cuerpo negro, agrietado, lleno de grafitis. Nos mira con las hojas de laurel que lo coronan.

El camino de tierra pela nuestras rodillas mientras rogamos al Cristo negro. Queríamos que nos escuchara. En el pueblo todos decían que el Cristo ayudaba, que era misericordioso. Que ayudaba a los necesitados y nosotros éramos los más necesitados de ese pueblo. Había que hacerle una manda, ofrecer algo a cambio y nuestros deseos se harían realidad. La gente del pueblo pedía por sus hijos, por la prosperidad de sus hogares. Pedían por extrañas enfermedades que aquejaban sus cuerpos. Pedían y prometían, hacían largas caminatas de veinte kilómetros a pie pelado. Pactaban sus promesas con sangre. Una vecina de nuestra calle mató un novillo para su manda. Había guardado en un frasco parte de la sangre para luego beberla de rodillas frente al Cristo. Beber sangre de novillo era una práctica frecuente. Un acto de fe, decían, un acto de amor al Cristo que derramó

su sangre por nosotros. Había que ofrendarlo, demostrar lo agradecidos que estábamos con él.

En nuestra casa no había novillos, solo un corral de chanchos, un par de vacas y algunos gatos que la gente venía a botar. Vivíamos de allegados en una casa que parecía matadero. Un matadero porque los chanchos sirven para quitar el hambre en tiempos de escasez. Un matadero porque todos quieren ver muertos a esos gatos famélicos, gatos roñosos que son puro pellejo y costilla. Éramos tres en total. Mamá, el tío y nosotros. Nosotros que vinimos al Cristo porque eso dicen que hay que hacer. Salvo que no habíamos hecho manda alguna y solo nos quedaba orar.

Habíamos nacido pegados, eso decía mamá. Eso le decía a los vecinos y a los ojos curiosos. Habíamos nacido pegados y ese era nuestro destino, ser los gemelos del diablo que nadie quiso. Éramos un trozo de cuerpo que debió partirse en dos. Éramos un trozo de lástima, un ay, pobres chiquillos, pobrecitos estos niños carentes de Dios. Mamá siempre contaba lo difícil que había sido el parto. No había ninguna esperanza y sin embargo nacimos. Llegaba el nuevo milenio y el fin del mundo se había pospuesto, salvo para mamá, que lo habitaba cada vez que nos miraba a los ojos.

Decidió santiguarnos porque faltaba Dios. Nuestros cuerpos, nuestro gran cuerpo era el precio que mamá pagaba por sus pecados. Eso creía, o eso quería creer. Un hijo deforme debía santiguarse, más aún si son dos, ojalá a la semana de haber nacido. El padre Cardemil visitaba el pueblo los domingos. Llegaba en una bicicleta destartalada con un rosario en su manubrio. Llegaba y las pocas personas que allí vivían salían por fin de sus casas. Su llegada activaba el pueblo, nos hacía creer que no habitábamos un páramo o la orilla de un desierto, que bajo la polvareda y el cerro había un pueblo.

Por la mañana dedicaba sus labores al sacramento de la confesión. Las viejas del pueblo, que no eran pocas, se vestían con sus mejores trajes para confesarse con el padre. Un día nos escondimos en la entrada de la iglesia y escuchamos lo que decían, sus profanos secretos. Mireya, la que bebió sangre

de novillo, le decía que su marido se había ido. Que la soledad la había obligado a meterse los dedos en un viaje sin retorno. El cura le preguntaba más detalles. Cómo se los metía, qué dedos usaba, si le dolía o no, si había tenido un orgasmo, palabra que escuchamos por primera vez en ese confesionario. Mireya observaba el suelo disimulando su vergüenza. Le contaba al padre los detalles para saciar su imaginación. El padre la mandaba al sector del púlpito a rezar dos avemarías y tres padrenuestros. Otras viejas contaban sus infidelidades. Para ellas imaginarse besando a otro hombre era signo de traición. En estos casos, bastaban dos avemarías para perdonarlas.

Luego estaba mamá, la vieja que pedía por sus hijos deformes. La primera vez que el padre supo de nosotros le pidió que la siguiente semana nos llevara a la iglesia. Éramos apenas niños y nuestra realidad era la de cuerpos cosidos. No había forma de vivir sino en nuestras pieles entrelazadas como las enredaderas del parrón. Recuerdo el agua helada en nuestras frentes. Al padre Cardemil dibujando una cruz de agua, bendiciéndonos con sus dedos hinchados y fríos. Octavio lloraba. Mi hermano quería entender qué había hecho mal, por qué tenían que santiguarlo. Por qué un hombre viejo y extraño dibujaba formas imaginarias sobre su frente.

Yo no quería santiguarme. Había escuchado esa palabra de las bocas de las viejas, de sus dientes negros y careados. Ellas hacían cosas malas, eran infieles y sacrificaban a sus novillos. Yo solo era un niño y tenía un hermano.

Era una fría noche de invierno y mamá nos había castigado, sin que nosotros supiéramos lo que habíamos hecho. Le dolía nuestra existencia, quizás. Le dolía que fuésemos distintos a los demás niños y al mismo tiempo tan iguales entre nosotros. Tan parecidos que nadie podía separarnos. La neblina cubría casi por completo el cerro Challay y el paisaje se agitaba por la ventolera. Nuestra casa crujía y los latones del techo parecían querer escapar hacia el cielo. Mamá nos miraba con odio. Años más tarde entendí por qué. Por qué esa noche helada tuvimos que dormir con los chanchos.

Primero nos ató las manos. La mano de Octavio y la mía enroscadas como un ramo de flores. Nos sentó en un banco de madera mientras en una olla grande hervía restos de comida añeja para los chanchos. Nos llevó al corral junto al menjunje y nos sirvió esa comida maloliente en los platos de ellos. No podíamos usar las manos y por eso nuestros rostros se teñían del mismo barro que mojaba sus patas. Esperó que comiéramos y se fue. Llegó al día siguiente cuando el frío seguía escarchando nuestros lomos. Tiritábamos de frío. Octavio lloró toda esa noche mientras ahuyentaba a los cerdos. Ellos nos miraban con hambre, se habían devorado el menjunje pero aun así nos rodeaban y salpicaban de barro. Nos olían con sus grandes hocicos como descubriendo un trozo de carne tierna. Yo también lloraba. No de frío ni de pena, sino de rabia. Mamá no era mamá, sino una vieja cruel. Queríamos

una madre como cualquier otra. Una que nos leyera cuentos y nos diera las buenas noches. Una que nos preguntara qué tal el día, qué tal el colegio y la tarde. No entendía cómo mamá podía ser la vieja que nos botó a un corral con la amenaza de la noche y de los cerdos.

Octavio quiere ir al tranque en el cerro a buscar sapos y pejerreyes. Le digo que sí aprovechando que mamá no está. Andamos por el camino de tierra mientras nuestra sombra delata una extraña silueta. Cuando éramos más niños andábamos contando nuestros pasos. Uno, dos. Izquierda, derecha. Con el tiempo, nos acostumbramos a una sincronía. Ahora caminamos contando en silencio, mientras los números se confunden con nuestras divagaciones.

Llegamos a la orilla del cerro y nos quedamos pegados en el Cristo negro, como si nos percatáramos por primera vez de su existencia. El Cristo milagroso que tanto ha ayudado a nuestro pueblo. Está empalado sobre un fierro negro que hoy parece brillar más bajo el sol. Su cuerpo descascarado pareciera estar lleno de costras, como en la crucifixión. Está rayado con trazos de colores. Algunos grafitis parecen ser de los volados de Chada, como les dice mamá, unos drogadictos que viven en una casona del otro camino y han decidido rehabilitarse. Hay algunos números de teléfono marcados con corrector. Sugerentes invitaciones: «chupo pico x lucas», «mujer para trío», «dama de compañía». Mi hermano pregunta por el significado de algunas de esas frases y respondo con ideas genéricas. Cambio el tema porque yo tampoco las entiendo del todo. En el pie derecho del Cristo hay un anuncio impreso pegado con scotch que apenas se ve. «Mandas y encargos», se lee, junto a papeles prepicados

con un mismo número de teléfono. Corto uno de ellos y lo guardo en mi bolsillo.

El Cristo protege con su cuerpo la entrada del Challay. Bendice las cosechas, asegura con su presencia que el pasto siga verde para que las vacas se alimenten. Una puerta de madera con candado nos impide el paso. El cerro es propiedad privada, quién sabe de quién, pero todos hacen caso omiso a esa advertencia. Entramos con cuidado. Metemos nuestras cabezas de hidra en las aberturas que ofrecen los alambres de púa a un lado de la puerta. Logramos pasar, pero la mejilla de Octavio se astilla y yo limpio con mi saliva el tenue hilo de sangre que brota de ella.

La primera vez que escuchamos del Cristo negro fue por boca del tío Nardo, quien llegó corriendo a casa tras haber llevado a sus vacas a pastar. Le dijo a mamá que alguien había manchado a Dios. Que Dios no era una luz blanca y cegadora, sino un muñeco feo empalado sobre un fierro. Mamá no entendía, nosotros tampoco. Pensamos que quizás la edad lo hacía decir frases raras sin ningún destello de realidad. Nos dijo vamos a verlo, vamos a ver lo que hicieron estos conchas de su madre, vamos a ver la gracia de estos chistositos. Mamá dudó en llevarnos, nos dijo que no hasta que la convencimos. Llegamos al Cristo y mamá no entendía. Decía no comprender quién podría haber puesto un Cristo cuyo cuerpo parecía como calcinado. Estaba pintado con un spray tan oscuro como la noche y sus brazos se extendían hacia los lados, simulando la crucifixión. Sus manos estaban salpicadas de una pintura roja y tenía la cabeza gacha junto a una sonrisa tenue, como si mirara con ironía a quienes se hincan bajo suyo. Pese a usar todas sus fuerzas, el tío y la mamá no pudieron despegar al

Cristo del suelo. Alguien lo había puesto sobre la tierra y ya nadie podría sacarlo.

Con su llegada aparecieron los mitos y las mandas. La gente orando bajo sus pies, llenando su altar de flores y cartas. El Cristo parecía una animita que había que ofrendar. Era el atractivo de ese pueblo maldito, el único atractivo de ese pueblo olvidado. A veces veíamos incluso a algunos turistas. Dejaban sus pesadas mochilas a un costado y se hincaban frente a él. Nuestro pueblo sin gracia tenía por fin su tan preciado souvenir. Un lugar de oración para los creyentes. Un lugar donde podías sacarte una foto y mirarla para siempre. El alcalde se había aferrado a esa idea y se rumoreaba que pronto comenzarían a regularizar las visitas al Cristo, cobrando entrada para verlo, para rezar a sus pies tras cumplida la manda.

Avanzamos junto a Octavio por la orilla del cerro mientras nuestras piernas pican por los clonquis. Le digo que no se rasque, que va a ser peor, que los clonquis sudan una savia que irrita la piel. Nos sentamos en el suelo y miramos la imponente punta del Challay. De pequeños nos decían que el Challay nos cuidaba de esos ventarrones que parecían querer sacar nuestra piel. Nos decían que el Challay era nuestra virgen, quien desde la cumbre miraba cada uno de nuestros pasos. Antes de la llegada de ese Cristo maldito, ya era común persignarse antes de entrar al cerro porque la gente sentía devoción por ese terreno vasto de espinos y maleza. El Challay era la virgen que cuidaba a un pueblo tan desprovisto de la mano de Dios y veía nacer a niños monstruos como nosotros.

El tranque mece levemente sus aguas parduzcas. Con cuidado bajamos hasta la orilla. Los sapos no tardan en aparecer, junto a algunos pirigüines que se posan agitados sobre nues-

tros pies. Mi hermano inicia una guerra de agua y los ahuyenta. Patea el agua y somos iguales a cualquiera de nuestra edad. Nos tomamos de las manos y en un, dos, tres, nos sumergimos. Abro los ojos y miro los cuerpos de los pejerreyes que se alejan. Pienso en los secretos del tranque, en los supuestos cuerpos que, decían, vinieron a botar acá. Imagino cómo deben verse esos cuerpos tras la capa de barro bajo nuestros pies: putrefactos y sin piel, devorados, quizás, por los peces del tranque. Cuerpos sin cuerpo cuyos huesos se esparcen a lo largo y ancho de él. Pienso también en los cuerpos de esos veraneantes absorbidos por el tranque. Decían que habían venido de Santiago, huyendo del calor. Decían que se los había llevado el cuero, esa serpiente hecha de pelo, que los había enterrado para siempre.

Nos secamos bajo el sol. El atardecer ilumina nuestras siluetas que se reproducen sobre el agua. Las miramos. Miramos con la esperanza de que el agua recorte nuestras pieles, para así liberarnos de la vergüenza. Sentimos asco. Asco y pena. Octavio llora y mi hombro se colma de su tristeza. Yo no quiero llorar. Es injusto llorar cuando no se tiene la culpa de nada, pero la culpa nos derretía al igual que el calor de ese atardecer. Era extraño compartir un cuerpo cuando eso no era lo normal, o al menos eso nos decían, que tus movimientos dependieran de un otro y que ese otro dependiera de los tuyos. A veces me preguntaba cómo sería tener un cuerpo, no compartirlo con nadie. Ser un punto en el espacio, pero independiente. Qué pasaría si mis órganos fueran solo míos, si un bisturí nos cortara a la mitad. Mis preguntas cesan al tiempo que sentimos unos pasos tras nosotros. Un hombre de chupalla y camisa cuadrillé llega a nuestro encuentro. Nos apunta

con una escopeta. Nadie dice nada. Somos solo mi hermano y yo y esa amenaza que promete devanar nuestros sesos. Váyanse de aquí, dice el hombre. Pendejos reculiaos, váyanse de aquí o los mato conchetumadre. Lo siguiente que recordamos es la vuelta a casa y las piedrecillas del camino bajo nuestras ojotas.

Sueño conmigo y mi hermano en una sala de hospital. Un cirujano nos dice lo siento y es la primera vez que escuchamos una disculpa. Lo siento por sus cuerpos, por lo que han tenido que vivir. Una sonrisa se dibuja en su rostro. Es amable y no estamos acostumbrados a la amabilidad. Sueño con una sala de hospital blanca, tan blanca como la nieve y los osos polares. La baldosa es igual de blanca y nuestros pies se hielan al tocarla. El cirujano nos dice que seamos pacientes, que es un procedimiento complicado y puede tardar hasta seis u ocho horas. Esperamos hasta que llega una enfermera que nos entrega un atuendo hecho a medida para la entrada al quirófano. Nos pregunta si necesitamos ayuda, pero nos negamos, y al minuto nos desnudamos en una sala privada para probarnos el traje.

Frente al espejo se asoman nuestros dientes. Sonreímos. Mi hermano toca mi torso –su torso– lentamente, como si con ese tacto nos infectara de nostalgia. Como si con ese tacto dijera que extrañará desprenderse de mí. Nos vemos pálidos y flacuchos, famélicos igual que los gatos de la casa. Notamos nuestras costillas moradas, las venas de nuestros brazos que parecen querer salir de ellos. Miramos con atención, para recordar cómo lucíamos antes de ser adolescentes normales, cada uno con su cuerpo y su corazón. Miramos con atención para recordar el último momento en que nuestro corazón fue uno y latió al mismo tiempo.

Nos acostamos sobre la camilla del quirófano. Una enfermera parece sonreír tras su mascarilla. Nos mira con sus ojos achinados y nos felicita. Al instante, una multitud nos rodea. Son varios los cuerpos que se agrupan alrededor nuestro. Vemos sus rostros ir y venir por la sala. El cirujano pregunta si tal o cual implemento está listo. Huele a alcohol y hace frío. Nos dicen que un leve pinchazo nos adormecerá. Que hay que contar hasta diez. Cuento y en cinco mi hermano se duerme, nuestro corazón late como nunca. Tiene taquicardia, dice una de las enfermeras, y en nueve mi cuerpo sigue despierto, más despierto incluso que hace diez segundos. El cirujano se ríe y la sala del quirófano lo sigue. Son rostros que se ríen a carcajadas, mientras mi hermano duerme y yo sigo contando números. Escucho el motor de una sierra y veo al cirujano. La toma del mango y su hoja clava mi torso, el torso de mi hermano que duerme mientras el mío sangra y duele. Grito con todas mis fuerzas y mi hermano no despierta. Grito como el gruñido de los cerdos en el corral. Grito porque ese alarido es lo único que soy, porque no me queda nada más. Porque nadie dijo que ser cuerpo es el horror más vasto.

No quiero separarme de Cardenio, no quiero y no sé cómo decírselo. Es mi hermano y lo amo y no me importa lo que digan. Me dan lo mismo las señoras, las viejas, como él las llama, que nos miran raro cuando paseamos por la calle. Yo creo que son celos, porque nunca han tenido una conexión tan íntima como la nuestra. La mamita nos dice que no pesquemos, que hagamos como si nada porque tanta atención les gusta, las hace hablar más. Yo le creo a la mamita. Yo sé que ella nos ama aunque Cardenio diga lo contrario. Si no por qué decidió parirnos, darnos nacimiento. Ella dice que los doctores ya sabían que íbamos a nacer así, como pegoteados con stickfix. Ella lo sabía, los doctores se lo dijeron y aun así quiso tenernos porque el amor de una madre es incondicional. El amor de una madre lo puede todo y por eso ahora estamos aquí, vivos.

Estamos bien, no nos falta nada. Solo un brazo que falta. Yo no quiero perder a mi hermano, sé que si nos separamos es probable que se vaya. Que se vaya de este pueblo de mierda, como él dice, para no volver más. Pero yo no quiero abandonar este paisaje porque el cerro me cuida y me protege. La mamita dice que el cerro es una virgen que ora por nosotros. Le rezo todas las noches y creo que eso es lo que nos ha mantenido con vida, lo que nos ha permitido seguir juntos. Si mi hermano se va yo me iría con él, me llevaría el Challay a cuestas y lo plantaría donde él se instale. Lo haría germinar como los espinos de sus faldas, como los cardos que crecen y rebasan el cerro. Me costaría separarme de mi hermano, no quiero y no sé cómo decírselo.

Alguien llama y se aleja con un ruido de moto dejando una polvareda. Miramos por la ventana y Octavio me dice que le avisemos a mamá. Me niego y le pido que hable más bajo, que la podemos despertar. Son las seis de la mañana y el tío Nardo ya se ha ido al cerro con sus vacas. Es muy temprano para desayunar, pero demasiado tarde para dormir. Nos quedamos despiertos porque a Octavio le dolía el cuello, mi segundo cuello. *Quiero arrancármelo*, decía, *quiero arrancármelo porque ya no aguanto más, Cardenio, ya no aguanto más y prefiero morir*.

Nuestra noche se vio prolongada por esa sentencia fúnebre. Octavio quería morirse porque ya no aguantaba este cuerpo. En este pueblo de mierda, le dije, hay que aguantar de la forma que sea. Si no aguantas te comen los buitres, te conviertes en carnada de buitre y no creo que quieras ese destino. Octavio era mi hermano menor. Teníamos la misma edad. Compartíamos la misma madre y la misma piel, pero su voz lo delataba. Él necesitaba un hermano mayor y yo estaba obligado a serlo. Tenía que defenderlo de su ingenuidad, de las miradas ajenas y atolondradas. De los niños pesados e hirientes, del odio de mamá. Debía defenderlo de sí mismo, de cortarse la cabeza.

La polvareda de la moto se aclara y vuelve a aparecer el camino. En la puerta de entrada vemos un bulto de color azul. Los gatos lo huelen. Están muertos de hambre, comerían lo que fuera. Abrimos con cuidado y rodeamos lo que nos de-